Aquellas cosas que solía decir

Luis A. Hernández

Capítulo 1

Me resigné a dejarte ir, fue poco a poco, de lo contrario, no habría podido.

Tuve que dejarte ir contra mi voluntad, fui orillado a dejar de sentir. Me viste fuerte, firme e indiferente, pero, no volviste a ver mis noches, no volviste a ver un gramo del pesar y del dolor de afrontar todo en total soledad, tragándome cada una de tus miradas que inundaron mi pecho, haciéndome más pesado el andar y tan fácil el letargo. No volviste a ver días, así como si nunca hubieran sido importantes, como si para ti nunca hubieran sido relevantes. Conociste lo mejor de mí, pero de nada sirvió. Entendí que conocer lo mejor de alguien parece ser que no es ninguna ventaja o virtud, conocer lo mejor de alguien no garantiza que te recuerden, y está bien, hasta cierto punto lo es. Será que no me doy a la idea de brindar lo mejor y terminar abrazando un recuerdo de lo que fue, o de lo que pudo ser; ahogado por divinas noches, tan divinas como las risas que quieres olvidar.

Me resigné a que tus ojos no habrían de mirarme el tiempo que creíamos en aquellas platicas. Me resigné a que mis brazos no serían tu único hogar, sólo uno temporal. Me resigné a que tu sonrisa sería eterna para alguien más. De igual manera, espero que sólo una vez hayas querido verme volver, que en ese momento te haya tocado a ti resignarte a que no habría de suceder. Mientras te resignabas un momento, yo me resignaba cada segundo de tu tiempo.

Ni siquiera nos vimos partir, simplemente no volvimos ahí, sólo nos alejamos de nuestros lugares, espacio, tiempos, de aquellos que fueron nuestros sueños. No se desmoronó lo que construimos, simplemente se desvaneció. No vimos arder nada; no presenciamos el desastre que con todo arrasó; no nos gritamos daños imborrables; no nos ofendimos, nada de eso sucedió. No hubo una despedida, no hubo un último abrazo destinado como tal, no hubo más, sólo todo quedó en un silencio total y yo, me resigné, entendí y aún sin que escucharas, te agradecí.

Me resigné a dejarte ir, fue poco a poco, de lo contrario no habría podido. Tuve que dejarte ir contra mi voluntad, fui obligado a dejar de sentir, y a guardar en lo profundo de mi pecho, aquellas cosas que solía decir.